

hoy escribe

Antonio Alvarez Solís (*)

zelatan

EL AÑO QUE VA A PASAR

Los caracoles de Amadeo

Paso la mañana en el Rastro madrileño. Seguramente porque tengo vieja el alma. La daría por algo de felicidad. Pero Fausto ha muerto, el demonio se ha alejado del mundo, seguramente hartado de tanta confusión, y la felicidad la fabrican los psiquiatras. En estas condiciones dudo que sea posible una transacción decente, clásica. Una vez más contemplo la figura de Cascorro. Cavilo que eran tiempos en que se podía morir por un ideal, casi por una idea. Tiempos de compañía, siempre; la compañía de los que a su vez poseen un ideal. O bien una idea como un dios: omnipotente, consoladora, caritativa con la soledad. Frente a Cascorro abre su tasca Amadeo, especialidad en caracoles, casa fundada en 1942. Ha pasado mucho tiempo desde 1942; tanto que resulta fecha de rango fundacional. Los caracoles de Amadeo, muy limpios, dignamente aseados, se han guisado en un caldo vinoso, lo que les da una suavidad y un aroma de mucha presencia. Lo importante de los caracoles de Casa Amadeo es que permiten regresar triunfalmente al consumo de pan, tan vituperado por la estupidez dietética imperante. Amadeo me invita a mojar en la salsa de los caracoles los trozos menudos de una hogaza prieta y blanca. El resultado es magnífico. De vez en cuando pincho una rodaja de morcilla o un trozo de chorizo, todo lomo, bien desengrasado por la cocción. El momento es sublime, germinal. La conversación nace fácil junto a estos elementos que Amadeo extiende por el mostrador aseado. Me sirve un vaso de vino de Valdepeñas, extrañamente prudente con el paladar. Mejora el Valdepeñas. Ha perdido agresividad arriera. Me parece importante que sea así y se lo confieso a Amadeo. Pero Amadeo no me oye gran cosa. Ha empezado a construir, una vez más, su filosofía. La filosofía de Amadeo se acicala con un excelente castellano de Burgos. Es hombre al que no tienta la modernidad. Posiblemente esté curado de sueños vacíos de humanidad. El sabe que la yema del huevo no puede ser mojada abruptamente por los pobres sin que la yema desaparezca demasiado rápidamente. «Cuando acabó nuestra guerra —Amadeo habla siempre de «nuestra» guerra; la suya, la mía— me frieron un huevo y la emoción intensa que sufrí me inclinó a la

prudencia: fui paseando los trozos de miga sobre el huevo procurando no romperlo a fin de que perviviese más el deliquio. Así comí un pan y aún me duraba la yema».

Amadeo sabe que vivimos mal, con desasosiego que uno no acierta a definir cabalmente. Es un desasosiego sordo, angustioso y angustiante, un saberse mal aquí, pero sin seguridad alguna de sentirse bien en otro lugar. «Por esta barra pasa gente inquieta», me dice Amadeo. El atribuye esta incomodidad vital a que nos falta «espacio y especie». Según Amadeo nos apretamos en espacios mínimos, pero no para estar cerca y sabernos entre nosotros sino para todo lo contrario, paradójicamente para establecer una distancia literalmente infinita del uno al otro ser. Por el contrario, la amplitud del espacio en las sociedades reposadas y amables, en las que cada cual tiene derecho a la perspectiva respecto a su vecino, produce una sensación relajada, de vida vivida, de existencia no agobiada. Las sociedades en plenitud de sentido hacen funcionar el espacio precisamente como un puente: es un espacio tendido sobre las distancias entre los seres para comunicarnos sin invadirnos.

En cuanto a que nos falta «especie» cree Amadeo que la pertenencia a la familia humana ya no genera la personalidad de cada cual según su rol, sino, por el contrario, produce inandad. Amadeo ha llegado a la triste conclusión de que uno es uno mismo en tanto logra prescindir del vecino, del prójimo, del próximo, en una palabra, del otro. La especie pierde así su dimensión zoológica y gregaria —en el sentido más prometedor de la palabra—, que debería contrapesar el afán dispersador de la razón, con más capacidad de negación que de cohabitación. Amadeo me dice que todo espíritu superior llega a destruirse si no cultiva lo tribal y mínimo, el contacto, lo gestual en compañía. El afán por prescindir del vecino es lo que Amadeo llama carencia de especie, entendiendo por especie precisamente el saberse repetido hasta el horizonte.

De la reflexión sobre el espacio y la especie concluye Amadeo que vivimos la hora de las muchedumbres, que se consumen en la an-

gustia de verse apretadas pero ignorantes de los individuos que las forman. Le hago constar que algo parecido ya lo escribió don José Ortega y Gasset, del que Amadeo ignoraba. Es más, me pregunta si José Ortega y Gasset es la calle que los madrileños llaman, y aún llaman, Lista.

Amadeo me ha servido otros caracoles y me anima a consumirlos con mucho pan. «A usted y a mí no nos queda gran cosa», me advierte con esa extraña alegría con que la gente del pueblo habla de la muerte, al menos en España. Saberse próximo a la muerte da al español de la calle una dimensión de solidez y confortabilidad. Morirse es como una mala jugada que el español de base hace a los poderosos del país, que siempre cuentan con mantenernos en vida a fin de proseguir su insostenible explotación. Amadeo me ha sonreído beatíficamente cuando me ha señalado que su frontera y la mía con la muerte no está lejana, lo que nos autoriza, en primer término, a rellenarnos de caracoles sin preocupación alguna por la salud.

Tras los caracoles Amadeo ha seguido su discurso sobre el espacio y la especie, adobando la teoría con numerosísimos ejemplos concretos, lo que una vez más me prueba la escasa capacidad que tiene nuestra raza española para la abstracción. Conste que digo esto con un infinito cariño por Amadeo y de orgullo por todos nosotros, los habitantes de la España popular. Creo que constituimos un pueblo perfectamente dotado de la sensación de lo concreto, incluso en el orden de las ideas universales o al menos generales, lo que en apariencia parece contradictorio. Amadeo me habla con un entusiasmo cálido y existencial, por ejemplo, de la República. El tono no es nada académico. La República es para él una serie de cosas vivas y puntuales que componen una libertad en absoluto instalable en la metafísica.

La tarde acaba con unas morcillas exquisitas, ligeramente crugientes y severamente perfumadas. Con ellas bebemos más Valdepeñas ya que, al fin y al cabo, nos quedan tres días.

(*) Escritor

Modak eta sustraiak

Ikastola ez dago modan. Progreek diotenez: «La ikastola ya no se lleva». Ikastola arrastorik utzi gabe desagertuta ere: «¿qué pasa, tío?». «Ya no se lleva la ikastola, ni se lleva la Revolución. Ahora se llevan el verde con motas amarillas, y el liberal-pasotismo».

Noski!
Ikastola ez dago modan. Baina faszismoaren garaiko arrakastarik handienetako bat. harrigarriena agian, herri-korena segurki, euskal ikastola izan da. Eta bada garaia ikastoletako lan harrigarria mamitu duten irakasle, andreño eta sustatzaile guzietatik txalorik bihozkorrena bidaltzeko. Orainxe batez ere, batetik eta bestetik ostroako eta saldukeriak ugaltzen diren mementu honetan.

Gainditu egin behar da ikastolen sarea. Dudarik ez. Eskola sare osoa behar da irabazi eta euskaldun. Horretan gaude: gutxiengo baizik ikutzen ez duen ikastolatik, euskal nezio-eskola publiko eta euskaldun bakarrena.

Baina gu ez gara ikastolaz lotsatzen, eta ez diogu ikastola-sarea Recalde-ri erregalatu; eta Barriouevo eta García Danboreneari ere Ikastola sarea gure herri xeheak sortu du; eta ez du sortu Ana Ariz, Huertas, Mugica Herzog, eta gaiterako euskaltzale suharrei debaldetan emateko. Ikastola gurea da, zinez; eta ez gure etsaena.

Gu espainiar eskola inperialista eta eskuindarraz lotsatzen gara. Gure haurrei «anillo» delakoa jartzen zien eskola arrotzaz; gure euskaldun umeei konpas-punitaz mihiz apzia ziztatzien zien «escuela imperial»-az; Andeetako Ketzwei eta ayamarei Fernando el Católico-en balentria lotsagarria irakasten zizkatzien. Ez euskal eskola nazionalaren hazia erdin duen sare miresgarria.

Garantiarik gabe, eta nola edo hala, «dilista-platerkada» baten truke dena emateko prest daudenak dira errudunak. Ikastola PSOE-ren eskutian jarri dutenak preseski.

Aiferrik da aitzekiari jardutea: zuek erregalatu nahi duzue frankismo garaiko uterik gogorretan herri honek, nekez eta minez, eraiki duen gaztelurik sendoa.

TXII LARDEGI

hemeroteca

¿Que vienen los japoneses!

«The Wall Street Journal»,
21-5-88

Un ejecutivo de Fujitsu España comprueba los resultados de la empresa en un gráfico. De cero, hace un año, la producción ha alcanzado las 700 impresoras al día. Está previsto que se alcancen las 1.000 diarias en otoño, e incluso más el año que viene. La estrategia de la central Fujitsu Ltd. consiste en transferir a España desde Japón parte de la producción de impresoras destinada al mercado europeo.

Desde la integración en la Comunidad Europea España ha atraído una gran corriente de inversiones japonesas. Animadas por los moderados costes salariales y por un agradable ambiente de trabajo, cada vez se establecen más empresas japonesas aquí para aprovecharse de un mercado nacional en expansión y del fácil acceso al resto de Europa.

En general, los japoneses están teniendo en España una acogida que nada tiene que ver con el recelo con que han sido recibidos en el Reino Unido y en Estados Unidos, donde se les ve como competidores peligrosos. En una nación con un de-

sempleo del 20% y una industria subdesarrollada, su llegada significa nuevos empleos, nuevas tecnologías y aumento de las exportaciones y del crecimiento económico.

Al servicio del poder

«Diario 16», 21-5-88

Más que ejercer el saludable «derecho a discrepar», lo que pretende, al parecer, el programa de televisión de tan equivocado nombre es defender al Gobierno socialista de las discrepancias exteriores. El servi-

lismo hacia el poder, característica esencial de TVE, alcanza en este espacio, destinado en teoría al debate y a la confrontación, niveles sonrojantes.

Desde que acabó como acabó «La clave» —¿qué diferencia!—, precisamente por su defensa de la legítima discrepancia y porque se había convertido en un lugar de libertad, la dirección política de la casa ha procurado evitar cuidadosamente los espacios abiertos de debate donde los actuales gobernantes pudieran salir alguna noche malparados.

El «Derecho a discrepar» es una

broma, que además no tiene gracia. Desde la elección de los temas hasta la selección de los participantes, pasando por el nervioso comportamiento del moderador cuando alguien se atreve a ejercer en serio la crítica, toda la función consiste en frivolarizar la discusión y evitar que los que mandan se molesten.

El PSOE puede jactarse de haber liquidado la Prensa del Movimiento, aunque trató de sacar tajada partidista de la operación con más o menos éxito. Pero la actual RTVE lleva camino de convertirse con

todo merecimiento en el poderoso órgano del nuevo Movimiento Nacional. El empeño en completar la red de televisiones regionales, controladas por los socialistas —el Consejo de Ministros acaba de otorgar y poner en manos de Leguina la TV de Madrid—, es mucho más grave y pernicioso —¿por qué cadena de periódicos no y cadena de TV sí?— que la pervivencia de la antigua Prensa del Movimiento (con frecuencia los mismos profesionales nutren una y otra). Esto es peor que un anacronismo; es una amenaza a la libertad.



«Diario 16»